

LA AMPLIACIÓN DE LA OTAN HACIA EL ESTE

Ricardo ÁLVAREZ MALDONADO



En marzo de 1999, Polonia, Hungría y la República Checa ingresaron en la OTAN tras cumplir los requisitos exigidos para su admisión. La ceremonia oficial tuvo lugar con toda solemnidad en Independence (Misuri) el 12 de dicho mes.

En la Cumbre de Washington que se celebró los días 23 y 24 de abril se aprobó el Nuevo Concepto Estratégico de la Alianza Atlántica.

Ambos eventos han coincidido, prácticamente, con el 50 Aniversario de la firme del Tratado del Atlántico Norte de abril de 1949.

Actualmente, según el Nuevo Concepto Estratégico, la misión principal de la OTAN es: reforzar la seguridad del área euroatlántica. La no fijación de los límites de ésta ha dado lugar a todo tipo de conjeturas.

La OTAN reconoce los esfuerzos y progresos hechos por los países que quieren ingresar: Rumanía y Eslovenia; Estonia, Letonia y Lituania; Bulgaria y Eslovaquia. Las naciones relacionadas se citan en el orden indicado. También se puntualiza que ninguna nación será excluida fuera cual fuere su localización geográfica.

Los progresos a que se alude se refieren a la promoción de reformas políticas, militares y económicas dentro de cada estado que responden los criterios establecidos por la Alianza. Muy importante es que los nuevos socios no «importen» a la OTAN problemas pendientes con sus vecinos. La Organización ya tiene bastante con los greco-turcos.

Ahora, la cuestión se centra en si el proceso de la ampliación debe seguir produciéndose en los primeros años del siglo próximo o conviene demorarlo hasta que el menos, se haya consolidado la integración de los tres países recién admitidos de Europa Central.

En el seno de la OTAN se reconoce que la admisión de determinados candidatos presenta mayor dificultad y riesgo que la de otros, por lo que la próxima decisión es determinar qué aspirantes deberán ser incluidos en el primer grupo de futuros miembros.

Es obvio que no presentaría dificultad alguna la admisión de los históricos y recalcitrantes neutrales europeos, Irlanda, Austria, Suecia y Finlandia, que cumplen todos los requisitos democráticos y las condiciones económicas

exigibles. Pero, por ahora, nunca lo han solicitado, e incluso el presidente de Finlandia —mediador en la resolución alcanzada al conflicto de Kosovo— ha puesto paladinamente de manifiesto las ventajas que reporta la neutralidad finlandesa a la comunidad internacional.

Eslovenia es potencialmente un candidato «fácil», tanto por la estabilidad política interna de este pequeño país como por su alejamiento de las fronteras de Rusia, pero si perseverara la postura de Francia de emparejar su ingreso al de Rumanía se dificultaría su admisión. Rumanía se considera un caso «difícil», ya que se trata de un país extenso situado en los lindes orientales de Europa Central con un régimen político poco estable y una economía frágil.

Eslovaquia y Bulgaria tienen, por ahora, menos perspectivas de ingreso a medio plazo por razones similares, mejoradas actualmente en la primera tras la derrota electoral del «conflictivo» Merciar y mucho más acentuadas en la segunda.

Para algunos analistas el ingreso de la OTAN de repúblicas ex soviéticas sobrepasa los límites de la racionalidad. Sostienen que les basta con pertenecer a la Asociación para la Paz (PfP) y al NACC (Consejo de Cooperación Noratlántico).

Es evidente que los tres países bálticos no se conforman con ello, deseando fervientemente ingresar en la OTAN, a la que no accederán Letonia y Estonia hasta que no queden definitivamente resueltos los problemas de las minorías rusas que habitan en estos dos países.

Pese a la firma de la Carta del Báltico, en la que el presidente Clinton declarara apoyar las aspiraciones de ingreso de estas tres repúblicas y la inclusión de ellas en la lista de candidatos antes señalada, reina un acierto escepticismo respecto a la conveniencia de su admisión. Pragmáticamente, se arguye, su defensa presentaría un problema difícil incluso frente a una Rusia debilitada y para ésta representaría una cuña incrustada en su dispositivo defensivo noroccidental y un mayor aislamiento de su enclave de Kaliningrado.

Para algunos la exclusión de estos países es inaceptable, ya que, democráticamente, tienen el derecho al ingreso si lo desean y cumplen los requisitos exigidos. Para otros es legítimo y prudente ponderar las ventajas e inconvenientes de dicha decisión para la seguridad global de Europa y el futuro de las relaciones Rusia-OTAN.

Sin duda, ambos puntos de vista serán debatidos en profundidad, y con calor, en cuanto se plantee la cuestión de qué países deben incluirse en la próxima lista.

El Nuevo Concepto Estratégico se refiere expresamente a Rusia, con la que la OTAN está dispuesta a cooperar a través del Comité Permanente Conjunto creado por el Acta Fundacional de relaciones Rusia-OTAN. Esta última también da gran importancia a su asociación bilateral con Ucrania, apoyando su independencia, democratización y desarrollo económico, así como su condición de estado «no nuclear».

Pero la percepción de amenaza que se siente en Rusia respecto a la OTAN (que considera mero instrumento de los Estados Unidos) y la desconfianza sobre sus «buenas intenciones» se han acentuado tras la intervención militar de la OTAN en el conflicto de Kosovo. La promulgación del Nuevo Concepto Estratégico, por su ambigüedad respecto al papel que se reserva para sí la Alianza, tampoco ha contribuido a tranquilizar a Rusia.

Aparte de los teatrales y exagerados pronunciamientos de los dirigentes rusos contra la OTAN, el sentimiento de recelo hacia ella está muy generalizado en la federación rusa y se extiende a algunos países de la CEI, principalmente a los eslavos.

Los que abogan por la vía de la prudencia en la ampliación frente a los que invocan la inalienabilidad del derecho a la admisión esgrimen, como argumento principal, el hipotético riesgo de una involución política en Rusia con el establecimiento en ella de un régimen hostil a Occidente. Riesgo que, según ellos, no vale la pena correr.

Continúa siendo motivo de inquietud que la OTAN no despierte el debido interés popular en algunos países miembros y que la ampliación hacia el Este no goce de mucho entusiasmo, aunque el Nuevo Concepto Estratégico se pronuncie sin ambages en el propósito de llevarla a cabo. «Los tres nuevos miembros no serán los últimos», se dice textualmente.

La OTAN calcula que la asimilación de los tres nuevos socios costará 1,5 billones de dólares aproximadamente en diez años, de los cuales los Estados Unidos aportarán unos 400 millones de dólares.



Los primeros ministros de Hungría, la República Checa y Polonia con el secretario general de la OTAN en la ceremonia celebrada en Bruselas el 16 de marzo de 1999.

Los Estados Unidos contribuyen actualmente con cerca del 25 por 100 de los gastos totales de la OTAN, y su peso militar (arsenal nuclear, satélites espaciales de inteligencia, comunicaciones y navegación, poder naval y aéreo y capacidad de transporte estratégico) representa una aportación muchísimo mayor: de ahí su protagonismo dentro de la Alianza.

Paralelamente el proceso de ampliación de la OTAN hacia el Este, se han dado los primeros pasos para llevar a cabo el de la Unión Europea en la misma dirección. Por el momento este último tropieza con mayores dificultades, tanto políticas como económicas: reformas institucionales que posibiliten la gobernación de una unión ampliada de más de veinte estados y reparto de asistencias en función de la riqueza relativa de nuevos y viejos miembros.

Aparte de estos obstáculos, en la Unión Europea queda pendiente de consensuar el alcance que se pretende dar a la cacareada y hasta ahora inexistente política exterior y de seguridad común con la envenenada derivada del papel reservado a la UEO, desvaída organización que la OTAN apoya con paternalista benevolencia.

O se acepta como imprescindible brazo armado de la Unión Europea, para lo que habría que vencer la resistencia a comprometerse de los socios de ella que no pertenecen a la UEO y la reticencia de los los «euroescépticos», o se la condena a extinguirse por consunción.

Con racional síntesis, parece que de los dos procesos en marcha, el de ampliación y consolidación política de la Unión Europea debería tener prioridad para España, ya que es un ilusionante objetivo geopolítico que conferiría a Europa voz propia, mucho más audible, en el concierto mundial.

